

Día de jornal

Elite, 1951-06-16.

Ha concluido la semana. La semana de trabajo. Sábado: día de cobro, víspera de fiesta. Y el sábado puede ser también día de miseria, de trabajo. Y víspera de trabajo, de miseria... El trabajo no redime del trabajo. Es un precio honrado de la vida, pero no paga su valor. Es como aquél que paga a cuotas el doble por no tener con qué pagar de un sólo golpe la mitad. El pobre paga más caro que el rico. Este paga de contado; y, porque tiene, paga menos. La diferencia la paga el pobre, porque no tiene. Y, a fin de cuentas, el que no tiene paga más. Y al que trabaja siempre le queda la esperanza de... ¡trabajar!

* * *

El trabajo tiene precio. Cada hora vale tanto. Unos más, otros menos, según su capacidad. Esa es la medida. No hay por qué fijarse en la necesidad. Como si para hacerse un traje no tuviera importancia su medida, sino su posibilidad. Para don Andrés: pequeño, seco y calvo, pero rico, un levitón. Para un Juan Bimba alto, grueso y barrigón, un chaleco que no alcanza la cintura. Cuando todo es cuestión de estatura.

Rafael no entiende mucho de estas cosas; pero hay cosas que se sienten sin comprender. A él no le gusta barrer, ni tener la hija enferma, ni escuchar las quejas de Mercedes, su esposa. ¡Pero qué puede él contra el destino! Sus padres eran pobres e ignorantes. A ellos no puede culpar, y ¡Dios bendiga su memoria! Mercedes le llegó como una gracia y entre ambos trajeron a Rosita, la hijita que no acaba de sufrir...

Y pasito a pasito, avanza en la fila de obreros que pasan a cobrar. Es un hombre chiquito, ojeroso, pálido, que parece pedir perdón con la mirada sin tener por qué. Lleva un sombrero gris, remendado y limpio, exageradamente grande, enfundado hasta esconderle las orejas. En la mano lleva un maletín muy usado, donde guarda la ropa sucia de trabajo. Guarda una actitud rígida, de hombre que está realizando algo trascendental. Sonríe a veces a los jóvenes que se chanclean en alta voz. Quiere hacer ver que él también ha sido joven. Pero no lo ha sido. Se le ve en la cara. Y en medio del bullicio de la muchachada que piensa en bailes y en amoríos. Rafael cabila en lo que puede alcanzar aquel jornal...

– Déme en plata, por favor.

Esta es su manía. El cajero se sonríe y gasta una broma:

–¿Y qué vas a hacer tú con este "bojote" de reales?

Rafael parece avergonzado. Recoge precipitadamente su plata con manos temblonas y se va a un rincón. Allí cuenta uno a uno los fuertes, los bolívares y los reales. Está completo. Nunca le dan de menos, pero es bueno asegurarse. El lo prefiere así, en monedas que suenen y pesen. Si le dan en billetes, el dinero le parece menos y llega a casa como con las manos vacías. Saca su pañuelo, envuelve cuidadosamente los reales y

esconde el paquetito en el bolsillo. Después a caminar. A casa. Y descanso hasta el lunes. Bueno, ¡descanso!... Tiene que reparar unas cositas, sembrar unas cebollas... Pero no tiene que barrer. ¡No le gusta!... ¡Eso parece cosa de mujeres! Pero ese es su oficio en la fábrica. Y ¡qué se hace!...

Es mediodía. El sol pega duro y hace calor. Rafael camina despacio con su maletín en la mano. Puede tomar el autobús; hoy, casi "está rico". Pero conviene ahorrar; para Mercedes y Rosita. Y tiene tiempo, le sobra tiempo...

* * *

Rafael deposita su paquetito sobre la mesa de la cocina. Mercedes lo recoge con unción. Y vuelve a contar las monedas:

- Esta mañana vino don Andrés...
- ¿Qué dijo?...
- Tú sabes. Los atrasos... Le prometimos darle algo a cuenta hoy.
- ¿Y la niña?
- Ahí está. Sigue igual.

Rosita llama a su papá. Rafael se siente otro en su casa. En la fábrica se considera insignificante, pequeño: ¡es el barrendero! Aquí es el padre, se siente otro, a pesar de la miseria.

Rosita está tendida sobre un colchón. Apenas si hay algo más en aquel oscuro cuartucho. Rosita tiene 18 años, pero apenas representa 10. Desde los ocho vive ahí sin más alegrías que las pocas que le pueden proporcionar sus padres.

- ¿Me trajiste algo?...
- Hoy no, hijita...
- Me prometiste que hoy...

Rafael vuelve a la cocina. Mercedes está haciendo unos montoncitos sobre la mesa. No se puede pagar a todos, pero con todos hay que cumplir: el alquiler, el pan, las medicinas...

Rafael sale a hacer las diligencias. El nunca puede tener un real. Apenas si le duran unos minutos. Los trae y los distribuye con el mismo cuidado. Y además queda a deber. El panadero le amenazará con dejarle sin pan, el casero sin casa...

Y el lunes volverá a trabajar. El es el barrendero. Rosita está enferma. ¡Y qué se hace!...